

# LA LUNA Y LA AURORA EN POETAS DEL SIGLO XIX

Por LILLO RODELGO

**A**CASO aquellos poetas del décimonono —poetas de sí mismo— tejieron sus versos a la alta noche, buscando así cantar a la luna. Noche y luna, en ellos, van fuertemente unidas. Y desde el gran taciturno Pastor Díaz —«la noche anhelo para vivir contigo», dice a la luna—; desde el duro Espronceda —«esa noche y esa luna—las mismas son que miraban—indiferentes tu dicha,—cual ora ven tu desgracia», pinta en *El estudiante de Salamanca*— hasta la amable ingenuidad de Fernández Grilo —«luego vendrá la noche;—la blanca luna—verterá sus reflejos sobre la tierra», describe sencillo en *La chimenea campesina*—, todos ellos fundieron en sus versos a la luna y a la noche. Buscaron, sí, la noche para amar u olvidar. Pero siempre, casi siempre, es la noche lunada: llena de su luz. Así, Joaquín Francisco Pacheco, en ansia de olvido de la amada ingrata, escribe sus

tristes versos, que titula *En una noche de ausencia*. Busca y canta a la noche —«del infeliz bálsamo suave,—madre del amor, de plácida dulzura»—; pero es una noche encendida por la luna clara:

*Mirad, mirad. Elévase al corriente  
el astro de benéfico sosiego:  
raudal copioso de ondulante fuego  
semeja su esplendor.*

*Miradle arder en la áspera colina,  
vedle inundar el ámbito del Polo,  
ved, si su frente a la ribera inclina,  
llenarla su fulgor.*

Noche, luna, amor. Entre los tres se mueve la poesía de de aquel siglo. Pero ¿qué es la móvil luna para el poeta? ¿Qué significa en su canto y en su vida?

#### LA LUNA, CONFIDENTE Y AMADA

Muchas cosas es la luna para el poeta. La mira y la contempla desde muchos ángulos. He aquí unos cuantos:

a) *La luna es imagen de la propia amada*.—Le sirve al poeta para diálogo y consuelo en los días ausentes. Ve en la luna las perfecciones y rasgos de aquella que ama. «Y tú, luna argentada —dice el duque de Rivas en su *Lamento nocturno*—, —que blanca resplandeces,—húmeda, y silenciosa, y sola, y fría,—en tu rueda elevada,—y la nieve esclareces —de las cercanas cumbres de Fonfría;—tú, que a la diosa mía—lánguida te asemejas...»

A veces la *amada* es la propia Patria. El poeta entonces



ve su evocación en la luna y a ella le dedica sentimientos y palabras. «Tú eres la misma que miré en el cielo—de mi patria lucir», escribe Pastor Díaz. «Es tu semblante pálido y suave—cual las beldades de la patria mía», canta Bermúdez de Castro en su poema *La noche*.

b) *En otras ocasiones es la luna la amada objeto mismo de los amores del poeta.*—Así sucede en Pastor Díaz. «Y de la luna el célico semblante,—¡y el triste mar amé!», dice. La luna, amada del poeta. «Tú sola mi beldad, sola mi amante», escribe. Y se desata por eso en halago y en palabras de caricia: «sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto».

c) *Se hace la luna confidente del poeta.*—A ella le dice sus cuitas. El, con su profunda vida interior, necesita buscar diálogo con las cosas y el mundo inanimado. Tiene el alma —pensamiento y corazón— en carne viva. Y los hombres y la vida cotidiana y la tierra áspera no le entienden. El antropomorfismo, en suma, no es sino desconfianza del medio en que vive cada uno. «Amo más a un árbol que a un hombre», decía Beethoven. Y ese mismo amor —amor que tuvo su origen en la injusticia de los otros, en la insensibilidad, en lo frívolo o en lo bárbaro de lo que rodea y ata—, de ese ácido amor están transidos los poetas aquéllos. «Ay, triste el que el al mundo sensible nació», escribe Larra en un verso de *El doncel de Don Enrique el Doliente*. Y como les faltase a muchos la ígnea inquietud —don Alberto Lista dijo del romanticismo que era antimonárquico, antirreligioso y antimoral—, no conocieron la santa huída por elevación: vuelo del alma, cargada de lágrimas o de herida, que busca al único Corazón que todo lo oye y lo ampara.

Y se entregaron, en diálogo, a buscar al árbol, al río, a la nube fugitiva, a la estrella. Y sobre todo, a la noche y a la

luna. Así, por ejemplo, Salas Quiroga, en su fina composición que titula *A la luna*, desátase en caricias y en emoción hacia el astro nocturno: «la luna, con su faz hermosa», dice él. Y el poeta contempla el astro con arrobó. Le sirve de ánimo y aliento en la vida. Incluso en la zozobra de los viajes, en alta mar: «al verlo yo olvidaba mis pesares,—al verlo no temblaba ante el abismo». En la luna quiere adivinar el dolorido poeta los ojos de la amada que ya pasó:

*Mira, ¿no puedes descubrir conmigo  
sus ojos retratados  
en el astro testigo  
de sus amores lánguidos pasados?*

Pasados amores. Le llenan el ánimo de infinita tristeza. La propia luz espléndida de la luna empújale al llanto. Por eso pide el poeta al acabar su verso: «cúbrete, oh luna, con tu triste manto,—que tu belleza al lloro me convida».

Y en la confidencia, la luna, a veces, habla con los poetas. Se teje así un diálogo entrañable y callado, sin palabras. Escribe Pastor Díaz, dirigiéndose al astro: «Párase a veces a escuchar mi llanto,—y descende en tus rayos, amoroso,—un espíritu vago, misterioso,—que responde a mi voz.»

d) *La luna es imagen de la inocencia, de la castidad, de la modestia.*—Unas veces es ella misma esa imagen. Otras es su claridad y su luz, como en el romance de Espronceda *A la noche*: «Mas ya el pértigo de plata—muestra naciente la luna,—y las cimas del otero—de *cándida* luz inunda.» «Tierna y casta deidad», la ha llamado Pastor Díaz. «Astro de inocencia y de consuelo», le dice Salas Quiroga. Y Fernando Velarde, en su composición *De noche. En las playas*



de Chile, canta: «¡Ved la luna en los cielos azules,—cristalina, fantástica, plena—cual la casta inocencia serena,—rebosando inmortal juventud.» Todavía ahonda más Julián Romea en su poema *A la luna*, cuando escribe: «cierra la rosa su encendido broche—al rayo de la luna virginal». «Virgen pudorosa», la llama también el Duque de Rivas. En ese orden, miran siempre los poetas a la luna como espejo de serenidad —«yo soy de la alta luna—la luz tibia y serena», dice Bécquer en su rima *Espíritu sin nombre*—; como expresión de modestia —«la luna de argentinos reverberos,—modesta, vaporosa», describe el Duque de Rivas en su poesía *Retracción*—; como símbolo de la paz —«que me inspira sagradas emociones,—me presenta la imagen de la paz», pinta Bermúdez de Castro.

e) *La luna vista con mirada religiosa*.—No es precisamente en ese concepto —desde ese ángulo— en el que más se distinguieron los poetas del XIX. El intimismo, que es acaso la más acentuada dimensión de aquella poesía, pone al descubierto la negación, el extravío o indiferencia religiosa de sus autores. Sin embargo, como ejemplo de modo de ver la luna con manera alegórica —alegoría teológica—, anotamos dos autores representativos: uno, Juan Arolas, en *La muerte del Redentor*, que al describir el cuerpo del Crucificado evoca a la luna, cuya blanca luz tiene su nacimiento en la carne blanca del cuerpo de Jesús, «los cabellos tendidos como un velo—ocultan una faz pálida y triste,—do tenían los ángeles un cielo,—y la luna ese nácar que se viste»; y otro, Zorrilla, que en *La Virgen al pie de la Cruz*, va dándonos rasgos y alusiones de la Virgen Madre, dolorida y llorosa, y habla así: «¡Tú, de estrellas coronada,—del ardiente sol vestida,—y de la luna calzada...!»

## LA LUNA EN EL PAISAJE

Los poetas ven la luna en función del paisaje. Sobre un fondo de naturaleza —la montaña, los árboles, el mar, etc.— destácanla como central figura activa y personalizada. Se asoma a veces entre los árboles y las plantas. Pero en ese poema de la noche es siempre ella la heroína. Dice así Bécquer en la rima *¡Cuántas veces al pie de las musgosas!*:

*¡Cuántas veces trazó mi triste sombra  
la luna plateada,  
junto a la del ciprés, que de su huerto  
se asoma por las tapias!*

Canta Luis de Usoz y Río —situando también a la luna frente al ciprés— en los versos primeros de su composición *En la noche de diciembre*: «Luz opaca, entre nubes, la luna —comenzaba en los campos a dar,—reflejando la escarcha que cubre—el ciprés do la tórtola está.» Gil Carrasco, en *La violeta*, pinta al astro acariciando a la sencilla flor:

*Y me apartaba, al alumbrar la luna,  
de ti, bañada en moribunda luz,  
adormecida en tu vistosa cuna,  
velada en tu aromático capuz.*

Colócanla a veces junto al río o junto a la alta montaña: «Ya asoma la luna—por la cumbre del monte vecino», dice el Duque de Rivas en *El canto de las sirenas*; «Déjame ver en tu apacible seno—rodar la luna, fúlgido topacio,—dando esplendor a las heladas cumbres», escribe en su *Contemplación*



*nocturna* (desde una altura de los Alpes); y Fernando Velarde, en el poema *De noche* (en las playas de Chile), ha escrito así: «¡Ved la luna detrás de los Andes!—Yo me exhalo en suspiros al verla—cual inmensa, fantástica perla—coronada de etéreo fulgor.»

Pónenla, sobre todo, asomándose al mar, como antorcha o faro o reina o diosa. Así escribe Espronceda en su *Canción del pirata*:

*La luna en el mar riela,  
en la lona gime el viento,  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul.*

Gertrudis Gómez de Avellaneda, en *La pesca en el mar*, ha cantado de este modo: «Del líquido seno la luna—su pálida frente—allá en occidente—comienza a elevar.» Y en contraposición—ya que dice la poetisa su verso a la luna naciente—, pinta Pedro Antonio de Alarcón, en *El amanecer*, la luna en el instante que muere: «La luna—ya descende, durmiéndose al mar.»

Dentro de esa zona lírica, miraron a veces los poetas la luna con *mirada científica*, evocando en sus versos algún aspecto de astronomía. Así, por ejemplo, hablan algunos de la luz lunar: «es luz de ajena luz tu brillo puro», canta Pastor Díaz; y Zorrilla escribe en su composición *A la luna*: «bendita mil veces la luz desmayada—que avaro te presta magnífico sol»; aluden otros a las fases lunares: «y las estrellas, contra mí sañudas,—y la luna menguante—iluminan mi pálido semblante», escribe el Duque de Rivas en su poesía *A los marqueses de Santa Cruz*; y otros, en fin, refiérense a anun-

cios e influjos del astro nocturno: «y la tarde es avanzada—y lluvia anuncia la luna», ha escrito Antonio García Gutiérrez en *Las dos rivales*; y el Duque de Rivas, por último, evocando el influjo de la luna sobre el mar, dice en *A las estrellas*: «y, ¡oh tú, lánguida luna!, que argentada—las tinieblas presides, y los mares—mueves a tu placer».

Cada poeta —según su temperamento— ha dado de la luna la versión que más rima con su sentimiento y su espíritu todo. En este modo de ver y de cantar hay diferencias esenciales. Y aun contrapuestas. Como sucede, por ejemplo, con el Duque de Rivas y Nicomedes Pastor Díaz, dos grandes cantores del astro de la noche.

#### PSICOLOGIA Y ESTILO

La visión de la luna en estos dos poetas (el Duque de Rivas y D. Nicomedes Pastor Díaz) responde, como es natural, a su propia estructura interior. Uno es fuerte, extravertido, dinámico. El otro está transido de dura, inseparable melancolía. Siempre es así: se escribe al dictado del propio temperamento. Cada estrofa es abreviatura de la más íntima psicología. Leer versos, por eso, es entrar para palparle en un corazón recóndito y herido: táctil sensación de leer y leer poesía, igual que si recontásemos en delectación los pétalos —aterciopelados, húmedos o rotos—de las rosas en la estación floreal.

Poesía y carácter. El estilo es el hombre, decía Buffón. (Lo dijo de más ancho modo aquel Fox Morcillo nuestro en su *De imitatione seu de informandi styli ratione*: «Por el estilo —lo recogemos de Menéndez Pelayo— es tan fácil conocer la naturaleza y costumbre de cada uno como por su rostro y su



retrato.») Poesía y temperamento. Así, el Duque de Rivas, mirando a la luna, pintándola con su fácil poesía ligera y cantadora como el correr de un arroyo, nos la muestra siempre espléndida, gozosa y fuerte. Y es para él «una argentina llama» (*A D. José Zorrilla*), una «blanca luna» (*A los marqueses de Santa Cruz*), «luna de argentinos reverberos» (*Retracción*), «argentada luna» (*Una noche de verano*), etc. En cambio, Pastor Díaz, con su filosofía triste, su ácida melancolía desventurada y su sensible ánimo doliente —«Tú sola enciendes en una *alma fría*»—, sólo ve en la luna símbolos y formas de signo sombrío. Así, aunque nos la insinúa como mostrando «ardorosa frente», y hasta con alusiones a su refulgencia —que «deslumbre tu brillar», dice—, en lo que más insiste y se recrea el poeta del canto *A la luna* es en cierto aire tétrico y neblinoso. La ve Pastor Díaz como imagen de la muerte, amarilla, pálida y fría:

*Ora sumida en palidez profunda  
Te mire el cielo desmayada y yerta,  
Como el semblante de una virgen muerta.*

Y a la luna, «lámpara solitaria», pídele el poeta que ilumine y bese y acaricie la tumba aquella que guarda los restos de una mujer amada, «que yo vi expirar»: «Yo solo oré sobre la yerta losa—Donde no corre ya lágrima alguna...—Báñala al menos tú, pálida luna,—Báñala con tu luz.» El poeta, luego, entra francamente en la esfera pesimista —«y en esta tierra de aficción guardada»— para pedirle al astro, que es quien sólo comprende y escucha, correspondencia a su pura pasión: «tú mi amor, mi admiración, mi encanto», le dice, como a una

tierna amada. Pastor Díaz, en fin, ve en la luna reflejo y símbolo de sus propios dolores y desencantos, mirándola, por último, como «un peñasco que rueda en el olvido» y también como el cadáver de un sol que, endurecido, «yace en la eternidad».

Son dos modos temperamentales de ver la luna y de cantarla. Dos modos distintos y opuestos, aunque a veces haya coincidencia exacta entre pensamientos, formas y adjetivaciones. El Duque de Rivas —*A D. José Zorrilla*— y D. Nicomedes Pastor Díaz —*A la luna*— llegan a fijar en el astro de la noche iguales representaciones y análogos sentimientos. Los dos, por ejemplo, en esas poesías, evocan en la luna el noble recuerdo de la patria amada. Dice allí Pastor Díaz: «Tú eres la misma que miré en el cielo—De mi patria lucir.» Y escribe el Duque de Rivas, desde Nápoles, contemplando a la luna que luego «va a darle su luz a la Giralda»:

*¡Ay, si a mis ojos míseros en ella,  
Por fuerza prodigiosa,  
De mi mirada ansiosa  
Les fuera dado el estampar la huella!*

En las mismas poesías, *A D. José Zorrilla* y *A la luna*, uno y otro poeta juntan en la luna el recuerdo y la imagen de la «virgen». Frente a la luna, el Duque de Rivas lleva su pensamiento a una «virgen» adolescente, vigorosa, espiritual, que huye por eso de humanos y rudos amores: «Es virgen pudorosa,—Que huye de los profanos amadores.» Pastor Díaz, al contrario, piensa en una virgen muerta olvidada y sola: «Como el semblante de una virgen muerta—¡Ah!... que yo



vi expirar.» «Diosa» le dice uno. «Deidad» le llama otro. «Tan hechicera y *blanda* y *deliciosa*», canta el Duque de Rivas. «Sólo el *blando* lucir de tu semblante», escribe Pastor Díaz.

Pero cada uno, sin embargo, cada poeta, pone en sus versos el tono de su hondo sentimiento, como dicen que los pintores dan en sus cuadros, en cromatismo dominante, el color del iris de los propios ojos.

### UN CROMATISMO INTENSO Y MULTIPLE

No se crea que en la escuela romántica y en una gran pléyade de poetas del XIX todo es mirar las cosas con pupila lívida. Podrán, sí, coincidir unos poetas en el sentimiento y hasta en el ácido tono —rasgándose interior herida— con que contemplan y cantan el teatro del mundo y, sobre todo, su íntimo y sensible estado de alma. Pero cada uno, luego, sabe poner en sus versos, según su aptitud cromática, brillos y color, a veces con intensidad y con matices profundamente extraordinarios. Fuera de Zorrilla, que es el poeta refulgente, queremos traer a dos bien significativos: Gil Carrasco y Gustavo Adolfo Bécquer.

Enrique Gil —*Una gota de rocío*— ve en torno suyo un mundo de color. La pupila del poeta —hundirse en sí buscando a las cosas verso y lágrima— viaja inquieta para traerle vestiduras al rocío. Ciertamente que a Gil Carrasco, al final de su verso, todo se le hace alado signo, enseñanza y ejemplo. Como al alto Góngora frente a la rosa. Uno y otro temen y avisan con igual zozobra amarga: «No salgas, que te aguarda algún tirano», pide Góngora a la rosa en su soneto; «No caigas, no,

sobre esta tierra impura», dice Gil a la gota tenue. Pero lo que de veras prevalece y sobrenada en *Una gota de rocío* es, sin duda, su físico paisaje reverberante, bellas fulguraciones, que cifra y centra el poeta en torno a la alada gota.

Así Gil Carrasco, con sutil mirada de miniaturista, va pintándonos el océano mínimo de la leve gota: como un mundo encendido y cromático. «La brisa de la mañana—Blandamente—Como lágrima temprana—Transparente—Mece tu bello arrebol—Vaporoso—Entre los rayos del sol—Cariñoso.» Canta el poeta, recreándose, toda aquella fiesta palpitadora de luz, que goza y adivina en el rocío leve: «Misterios y colores, y armonías,—Encierras en tu seno, dulce ser.» Colores que, unas veces, retrátalos de modo genérico («Te llevó una noche umbría—En sus alas de colores»), y otras, en escalas múltiples, sabe darles autonomía y adjetivación: lo mismo en la gama fría, «si reflejaste el celestial azul», «que recoja en su pico tu *zafir*», que en la gama caliente, «tu púrpura y oro suaves», «a unos labios de rubí», «que es un vapor tu púrpura vistosa», etc.

Paleta abarcadora y compleja, al modo becqueriano. Bécquer, sí, es el poeta del éter. Un éter cargado de colores, como en la rima *Sentimiento extraño*:

*Colores, que fundiéndose  
remedan en el aire  
los átomos del iris,  
que nadan en la luz.*

Eter dorado y rubio, palpitante de cósmica alegría. Véase, en testimonio de la sutilidad de Bécquer, de su fina y sagaz



pupila captadora, este trozo de su rima *Cuando miro el azul horizonte*:

*Cuando miro el azul horizonte  
perderse a lo lejos  
al través de una gasa de polvo  
dorado e inquieto,  
me parece posible arrancarme  
del mísero suelo  
y flotar con la niebla dorada  
en átomos leves  
cual ella deshechos.*

Pero Bécquer, como su hermano en la intimidad y melancolía, Gil Carrasco, sabe ver los múltiples colores. Así, en una sola rima en la que empieza *Porque son niña tus ojos*, da el poeta la paleta entera: desde el blanco («nevada cumbre en que el día»), («que un blanco armiño sujetan») hasta el amarillo («crespo el oro en ancha trenza»), («que entre las rubias pestañas»), hasta el rojo («rosa de escarcha cubierta»); «en tu boca de rubíes—púrpura granada abierta»), hasta el *verde*, que es el que con más insistencia reitera («Porque son niña tus ojos verdes como el mar, te quejas», etcétera; «verdes los tienen las náyades—verdes los tuvo Minerva»).

#### EL CANTO A LA AURORA

Como compensación a la noche —y a la luna— entregáronse muchos a la poesía del amanecer. Un amanecer vigoroso y cromático. Como corresponde a una fogosa fantasía atada antes a las oscuras y azules coloraciones nocturnas.

Ven unos la aurora con pupila física. Una aurora que, como Venus, nace casi siempre de las espumas y el mar. Miguel de los Santos Alvarez describela así al comenzar un soneto: «¡Cuán bella sale la naciente aurora—del fresco seno de los claros mares!» Y el Duque de Rivas, en *¡A Olimpia!*, cuenta: «Ya la aurora esplendente—sale del mar sagrado—ostentando su manto y gallardía.»

Representativa de aquel modo de ver la aurora es la composición que sigue, no de tipo analítico y descriptivo, sino sirviendo de antesala y escenario a conceptos anatorios. Es de Antonio García Gutiérrez y lleva por título *La Aurora*:

*Ya brilla la aurora fantástica, incierta,  
velada en su manto de rico tisú;  
¿por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta?  
¿por qué cuando el alba las flores despierta  
durmiendo estás tú?  
Llamando a tu puerta diciendo está el día:  
—Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor;  
el ave te dice: —Yo soy la armonía;  
y yo, suspirando, te digo: —Alma mía,  
yo soy el amor.*

¿Qué colores ponen en la aurora los poetas? La gran mayoría sólo habla de su claridad y fulgor: «La fresca aurora con fulgor divino—el Oriente esclarece, preparando—al sol radiante el eternal camino», se lee en *El paso honroso*, del Duque de Rivas. Otros, en cambio, detiéndense en señalar colores y matices, que van desde Javier de Burgos, por ejemplo, en su canto *A los progresos de la Industria*, «De Calpe a do la aurora,—de la noche eclipsando los fanales,—en ná-



car y arrebol inunda el cielo»; hasta Selgas en *La cuna vacía*, «De la aurora *pálida*—la luz fugitiva,—alumbró a la mañana siguiente—la cuna vacía»; hasta los tonos rosa de Alberto Lista en su himno *Al sueño*, «Para ellos nace el orbe colorando—la *sonrosada* aurora»; hasta la policromía, en fin, de Reinoso en su canto *Las artes de la imaginación*, «Entre velos de gualda y amaranto—sube la aurora, sobre ruedas de oro».

A veces nos ofrecen la aurora en personificación. Así, Reinoso píntala como una radiante joven: «Y bella joven desparciendo rosas,—por el confín aéreo—sube la aurora.» Y a veces, por último, la aurora tiene un claro y hondo sentido moral, como en Bécquer: «Yo sé un himno gigante y extraño—que anuncia en la noche del alma una aurora.»

